

**Testimonio** Antoni Pladevall novela la primera tanda de consultas soberanistas a partir de la experiencia de diciembre del 2010 en Taradell

## 2.068 votos

**Antoni Pladevall**  
**Tot és possible**

COLUMNA  
214 PÁGINAS  
19 EUROS

**JULIÀ GUILLAMON**

Hace diez años, cuando leí *La lliça bruta*, la primera novela de Antoni Pladevall (Taradell, 1961), no podía pensar que publicaría tanto, que su mundo de campesinos y renteros llegaría a tener proyección comercial en una de las primeras editoriales del país y que ahora mismo estaría escribiendo la crítica de este libro que, más que una novela, es una apología de las consultas soberanistas de diciembre de 2010.

Existe una continuidad evidente entre las cuatro novelas que Pladevall había publicado hasta ahora: *La lliça bruta* (2001), *Massey Ferguson 35* (2003), *Terres de lloguer* (2006) y *La papallona negra* (2009). Se trata siempre del mismo espacio y de la misma mirada sobre Catalunya. Pero, al mismo tiempo, diría que su obra ha evolucionado desde un planteamiento más literario a otro de ficción para el gran público, que tiene un claro límite en esquemas narrativos cercanos a los de las series de televisión de sobremesa: personajes de diferentes extracciones sociales



**Votaciones en Arenys de Munt por la independencia** XAVIER CERVERA

que interactúan en círculo cerrado, sus aventuras describen un choque de mentalidades entre la vida del campo y las costumbres forasteras. Este esquema proporcionaba a Pladevall el argumento de *La papallona negra*, con el idilio entre el joven rentero y una turista rural. En *Tot és possible* recupera el tema retrospectivamente: el chico de campo y la joven forastera, que en los años setenta se miraban sin decir-

se nada (Núria iba a comprar la leche a la cuadra en la que Ramon ordeñaba las vacas), se reencuentran muchos años después en la plataforma Osona Decideix. Ahora, campesinos y domingueros van todos a una: les hermana la bandera de la estrella.

*Tot és possible* me parece más un reportaje novelado que una obra de ficción. Prácticamente no hay conflicto (Núria y Ramon se gustan, Genís está en una residencia y se morirá, Vador cada día bebe más y acabará mal: poco más). En cambio encontramos una serie de escenas narrativamente desconcertantes en las que los personajes redactan una carta, se la leen unos a otros y elogian el estilo. Queda muy raro. Aparecen figuras de la vida catalana vinculadas a la consulta del 13 de diciembre en Taradell. Por ejemplo, Joan Laporta: “Si pogués deixar-se anar, si pogués dir tot el que en pensa, del controvertit nacionalista, en destacaria l’encant masculí, la bellesa del seu rostre somrient, la passió i la mundanitat que gasta, en definitiva el poder de seducció que li reconeixen moltes dones de diferents edats, però és conscient que avui ha d’evitar el comentari frívol i la referència coqueta”. ¡Caramba!

No sé si *Tot és possible* es un complemento de las otras novelas de Pladevall, un libro vinculado a su experiencia política (fue candidato de Solidaritat en las últimas elecciones al Parlament de Catalunya), una defensa de sus ideas con el formato de un libro juvenil para adultos. En cualquier caso, el lector tenía derecho, vistos los precedentes, a esperar más.

Pladevall tiene una sensibilidad muy fina. De pronto explica una maniobra en un cruce, el coche se sale de la pista y va a parar a un campo de maíz. Como últimamente ha llovido mucho, las ruedas y los pies del conductor se hunden en la tierra. Cuando explica este tipo de situaciones es de primera. Cuando relata el itinerario por el pueblo de las chicas que piden permiso para pegar carteles en los cristales de las tiendas. Hay algo sencillo y auténtico en estas descripciones de la vida de las personas, que –si atendemos al elogio que escribe en *Tot és possible*– se podría relacionar con Paul Auster, pero que es una aportación suya propia, que hace que siempre tengas ganas de volver a leerle, incluso en el caso de un libro tan circunstancial como este. |



**Baños romanos en la localidad inglesa de Bath**

JERRY DRIENDL

**Novela** Morrisseyanas visiones de melodrama y misticismo juvenil

## ¡Oh, Orvil!

**Denton Welch**  
**En la juventud está el placer**  
Prólogo de Julio José Ordovás. Traducción de Albert Fuentes

ALPHA DECAY  
225 PÁGINAS  
19 EUROS

**KIKO AMAT**

Orvil Pym, el protagonista de esta novela, es un chico sensible. Muy sensible. Su sensibilidad desbordante roza a menudo la histeria contenida, y Orvil suele ser presa de arrebatos de misticismo, una intensa conmoción que agita sus huesos y deposita su carcasa al borde del éxtasis. El precoz Pym es, sin duda, una flor delicada: juicioso y solemne, enamorado de su madre, histriónico (“Lloraba por todas las torturas y atrocidades del mundo. Sus lágrimas formaron húmedos terrones de color chocolate con el barro”), más melancólico que un irlandés emigrado y propenso a la fantasía melodramática (“De pronto se sintió como un santo, santificado, consagrado a Dios, un noble mártir a punto de enfrentarse a un terrible suplicio sin perder la compostura”). Podríamos definirle como una mezcla de San Juan de la Cruz, Silver Surfer, Mercè Rodoreda y el Morrissey teen. O sea, que es gay. Sin llegar nunca a la consumación del acto, sin embargo, porque, como dijo Alan Bennett, la prosa de Welch siempre está “al borde del sexo (...) aunque mirándolo desde fuera, sin participar en ello”.

¿Y qué es lo que le sucede a este chico homosexual, lánguido, desdichado y casto, en las páginas de *En*

la juventud está el placer? Nada especial, después de todo. La trama se centra en unas vacaciones que Orvil pasa a los catorce años –con el desaguisado hormonal implícito en tal edad– junto a su circunspecto padre y recios hermanos en un hotel de la “Riviera inglesa” (como diría Basil Fawlty), y lo único que se nos relata aquí son las continuadas miserias y alucinaciones platónicas de un pálido púber barbilampiño. Asimismo, como suele decirse, Dios está en el detalle, y ello nunca ha sido más cierto que en el estilo del autor. A Denton Welch, un autor maldito de los años 40 tan lánguido y frágil como su protagonista, le atropelló un coche al cumplir los veinte –y le fracturó la columna vertebral– y su consiguiente perspectiva de la vida quedó teñida para siempre de la autocompasión ultrasensible y la extrema melancolía del enfermo crónico.

Así, la grandeza del libro reside en las palabras de Welch: la forma en que el autor apunta objetos y emociones pasajeras es tan minuciosa y bella, tan cargada de hormonas, pus y sangre, que en ocasiones parece que a Welch –o a su álter ego– le hayan deslizado un azucarillo de LSD en el té. Welch habla de las cosas como alguien sin coraza dérmica, la piel hervida y sintiendo lo que se desarrolla a su alrededor con una intensidad tan inusitada como dolorosa: “Orvil vio al instante que echaría a perder la tarde si hurgaba en su propia tristeza. Desbarataría la deliciosa sensación de seguridad que le había entrado cuando se sentó junto al hornillo y pudo oír cómo rompía la tormenta fuera”. Sus visiones suelen contener el fervor místico de un navegante psicodélico *avant la lettre*, a veces en pleno buen viaje (“El sonido que salía de sus labios le dejó fascinado. Los años le habían distorsionado tanto la voz que ésta había terminado por adquirir una especial belleza propia. Hasta el temblor le parecía hermoso y apasionado”), otras sumido en un infernal bajón (“Orvil relacionó el color gris del salón silencioso con un plato lleno de sesos cocidos. Era como lana, un poco asqueroso, una atrocidad”).

Leyendo descripciones como la anterior, de repente se antoja obvio que William Burroughs fuese un ferviente fan de la prosa de Welch. Uno distingue de repente el hilo invisible que une las descripciones más descarnadas y evocadoras de Welch (“las camas de hierro como negros esqueletos esmaltados”) con las del autor de *El almuerzo desnudo*. Y, asimismo, Burroughs no era el único fan de Welch; artistas tan dispares en el tiempo como Edith Sitwell o Neil Tennant (de Pet Shop Boys) se rindieron ante la prosa del delicado Welch. Siguen su ejemplo y no se pierdan este excepcional placer neurotransformador. |

**Szilárd Rubin**  
**Breve historia de un amor eterno**

Traducción de Éva Cserháti y Antonio Manuel Fuentes Gaviño

BACKLIST  
210 PÁGINAS  
18 EUROS

**ROBERT SALADRIGAS**

Cuando no conozco al autor del libro que me dispongo a leer, no consigo reprimir el automatismo de echar una ojeada al texto de la contraportada. No siempre es recomendable hacerlo. El que figura en *Breve historia de un amor eterno* (*Csirkejáték*) de Szilárd Rubin (Budapest 1927-2010) informa de que la novela apareció en Hungría en 1963 pero que hasta ser recuperada en el año 2004 por la editorial Magvető, no le llegó el reconocimiento crítico y el éxito que merecía. Desde entonces, Rubin –avalado internacionalmente por el entusiasmo de Péter Esterházy– es considerado uno de los autores más destacados de la literatura húngara del siglo XX. Y el texto añade: “Su estilo ha sido comparado con el de los grandes maestros de la literatura como William Faulkner, Milan Kundera, Bertolt Brecht, Henri Alain Fournier o Marcel Proust”.

Me sentí francamente abrumado. ¿Son comparables los estilos de Kundera y Proust, de Faulkner y Fournier? Admitiendo la frivolidad

del juego, ¿cabe suponer a priori que el estilo de Szilárd Rubin es una síntesis (improbable) de la expresividad de esos cinco grandes que poco o nada tienen en común? ¿Es legítimo establecer semejante paralelismo con el único propósito de agigantar la dimensión literaria del para nosotros desconocido Rubin?

El caso es que desde tal expectativa uno se pone a leer la novela y

**Con el tiempo, el amor desmedido de Attila por Orsolya deriva en una pasión enfermiza, violenta y abyecta**

se adentra en ella. El relato nos sitúa en la Hungría desolada de la segunda posguerra, bajo la rigidez dogmática del régimen socialista. Un joven estudiante proletario con vocación de escritor, Attila Angyal, huérfano, oriundo de Mohács, se enamora obsesivamente de Orsolya, hija de de la pareja burguesa que regenta la farmacia de la locali-

dad. Con el tiempo, el amor desmedido de Attila por Orsolya deriva en una pasión enfermiza, violenta, abyecta, que lo va hundiendo en la degradación. Acecha a la chica, la acosa, logra que acepte casarse y en la noche de bodas, convencido de que ella no le quiere y por miedo a perderla, la abofetea repetidamente, la humilla de una forma repugnante. Este es el vértice de la historia que cuenta la novela: un amor cruel, pervertido y enloquecedor, despojado de todo sentimentalismo. No sé decir hasta qué punto resulta fascinante a fuerza de repulsivo. El problema, para mí, es que te mantiene en tensión pero en ningún momento te conmueve.

Por otra parte, sin duda Rubin desea que veamos el relato de la relación imposible de Attila y Orsolya no sólo desde el ángulo emocional. En el contexto de la Hungría comunista, ambos simbolizan el enfrentamiento de clases. Attila es la personificación del nuevo país; en él progresa su mediocre carrera literaria –con los años llegará hasta Hollywood– a cambio de poner el talento al servicio del Estado. Orsolya representa la vieja clase marginada que conserva la arrogancia. Liberada del cerco de Attila, se casa con un diplomático y reconstruye su vida lejos. De manera que la agobiante situación social y política húngara parece determinar el núcleo odioso del relato. Pero luego advertimos que su alcance es mayor. Al llegar a lo más hondo de su vacío absoluto, Attila escribe: “Ya no lloraba por ella, sino por mí”. Lloraba, en efecto, porque la historia del “amor eterno” que nos narra es en realidad el examen de la vida sin sentido de un ciudadano del Este europeo vista veinte años después; de su penosa y absurda vida reflejada en el anuncio luminoso de un esmalte de alta calidad que de repente se apaga y la negrura lo engulle.

Respecto al estilo en primera persona de Rubin, es ambiguo, cáustico, a veces conciso, en ocasiones duro, a trechos expresionista... Más cercano a Brecht o a Kundera que, por supuesto, a Proust o a Faulkner, en definitiva tan remotos. Me ha recordado a los húngaros contemporáneos con los que sí estoy algo familiarizado, Nádar, Konrád o Kertész. Paradójicamente, excluyo a su valedor Esterházy. De todos modos, tengo la sospecha de que la traducción no hace justicia al texto. Si me equivoco, pido disculpas. |



Una pareja se encuentra en un refugio antiaéreo en el año 1940

ZOLTAN GLASS / GETTY